

El Nacionalismo ¿Un proceso a la saga de la modernización?

Federico Drigani
F. Derecho- UBA
Maestrando- UNLP

Problema

Siguiendo la teoría del sistema-mundo de Immanuel Wallerstein (1995: 144) podemos decir que el sistema actual es definido por la división axial integrada del trabajo, con la mira puesta en la acumulación constante de capital.

Para sostener tal andamiaje se hace vital la existencia de Estados soberanos capaces de articular un mercado mundial parcialmente libre, equidistante entre la anarquía y el imperio.

El surgimiento de tales entidades, al principio de la edad moderna, fue acompañado de la creación de la geocultura liberal, capaz de articular y contener las contradicciones y presiones en contra del sistema. Según Wallerstein, la geocultura en cuestión se basa en tres pilares: la invención de las ideologías, la reconstrucción del sistema de conocimientos y la domesticación de los movimientos antisistémicos (Wallerstein, 1995: 150-51).

El punto que aquí nos interesa es la domesticación de los movimientos populares, llevada a cabo a través del sufragio, del estado benefactor y del patriotismo ciudadano, responsable este último, de transformar las reivindicaciones sociales, organizadas desde el proletariado urbano, y las locales, en busca de autonomía e independencia, en un elemento poderoso y aglutinador de la identidad ciudadana y la obediencia en torno del Estado, dando paso a una de las ideologías más poderosas de los últimos doscientos años: el nacionalismo.

Sin embargo, la “*geocultura liberal*”, debió efectuar concesiones al nacionalismo al aceptar el paso del individualismo liberal clásico al compromiso con los valores nacionales (Taylor, 1994: 184) y más

desconcertante aún: el surgimiento de los movimientos de liberación nacional en la segunda mitad del siglo XX contrarios a los intereses del imperialismo.

¿De donde surge entonces la potencia de este movimiento político capaz de dejar su impronta tan fuertemente gravada en e los últimos dos siglos? (Taylor, 1994: 183) (1). Nuestro problema entonces es definir si tal fuerza proviene del impulso de los pueblos por ser libres o del simple hecho de ser una de las más formidables herramientas de la dominación, e intentar una respuesta al interrogante planteado por Taylor, en tanto:

Los dos lados del espectro político han podido utilizar el nacionalismo. *“Una de las cosas que más despista del nacionalismo es que ha sido una fuerza liberadora y un instrumento de represión”* (Taylor, 1994: 192).

El debate resulta más importante en nuestra región, donde al contrario de Europa, el nacionalismo gozó en su momento de cierto prestigio en los movimientos progresistas, en tanto fue asociado a las luchas de liberación del tercer mundo (2).

Los antecedentes históricos

A. D. Smith establece una definición entre interpretaciones primordialistas y modernistas del fenómeno del nacionalismo. A las primeras las identifica con las manifestaciones del mundo antiguo, en tanto apelan a los lazos lingüísticos y étnicos primordiales; y a las segundas con el enfoque surgido luego de la Revolución Francesa que ponen el énfasis en el principio de nacionalidad (Taylor, 1994), es decir el supuesto derecho que todas las naciones poseen a tener un estado propio (3).

La visión primordialista

Adoptando esta definición podemos buscar ejemplos de la interpretación primordialista, y es el propio Smith quién cita al movimiento zelota, profundamente teocrático y con su concepción de pueblo elegido o el sentimiento nacional panheleno (Taylor, 1994: 219-22), que inspirará un fuerte lazo en la defensa de las polis ante la invasión

asiática y serán las muestras de este tipo de nacionalismo centrado en la exaltación de los lazos étnicos y únicos del grupo, situado valorativamente por encima de los demás.

No es esta la visión que más nos interesa aquí, ya que no creemos que forme parte del interrogante que nos planteáramos al principio. El nacionalismo moderno es el real protagonista de la disyuntiva entre movimiento reaccionario o revolucionario. Sin embargo para ser utilizado como instrumento de dominación, será necesario recurrir a sentimientos con cierta capacidad de arraigo en las masas y es por ello que la mirada sobre los antecedentes no puede soslayarse.

Diferencias

La apelación al pasado como legitimación es propia de cualquier estrategia de dominación, pero aquí encontramos una diferencia fundamental entre el nacionalismo primordialista y el moderno: Mientras que Virgilio buscó legitimar a Augusto y a la familia Julia, mediante la atribución de una estirpe ilustre en la Eneida y un siglo más tarde Suetonio argumentó la política pacifista de Adriano mediante la celebración de la Pax Augustea (Monge Marigorta, 2004: 12), el concepto moderno de Nación busca su justificación en la idea de soberanía popular, por ello la legitimación por el pasado en los nacionalismos modernos implicará acontecimientos en los que estará envuelta toda la Nación y no sólo sus gobernantes, así Juana de Arco y Guillermo Tell representarán a patriotas, a hombres y mujeres comunes, que defienden a la Nación con la capacidad de movilizar al pueblo tras ellos para repeler la agresión extranjera. Esto lleva a Taylor a rescatar la característica de Jano moderno del nacionalismo (Taylor, 1994: 187), en tanto tiene este su mirada puesta en el pasado a la vez que en el futuro, en un discurso que se articula en torno a la mística de pensar de donde venimos y hacia donde vamos. En el caso argentino, ante la imposibilidad de utilizar el pasado aborigen, dadas la casi completa eliminación física de los pueblos originarios y las características inmigratorias del país y ante el tumultuoso proceso de organización nacional durante el siglo XIX, el recurso al pasado se basa en la

glorificación del espíritu patriótico de los hombres de Mayo, que lucharon por la independencia y en el pasado de vacas gordas de la Argentina del Centenario como época dorada a recuperar.

El surgimiento del nacionalismo moderno

El tema que nos interesa aquí es el nacionalismo denominado modernista, es decir, el surgido con fuerza luego de la Revolución Francesa, que se sirve de los sentimientos de cohesión grupal o pertenencia étnica para responder a las necesidades de la estructura moderna articulado además con la idea de soberanía popular.

Como mencionamos antes la creación de Estados fuertes en la zona centro del mundo europeo será vital para el crecimiento y expansión del capitalismo (Wallerstein, 1996: 188) y el mecanismo utilizado por las monarquías europeas para fortalecer el poder del estado durante este período se basó en cuatro puntos, a decir de Wallerstein: burocratización, monopolización de la fuerza, creación de legitimidad y homogeneización de la población (Wallerstein, 1996: 191). Nicolás Maquiavelo, buscando la inserción de Italia en la naciente dinámica mundial mediante la unificación de la península, señalará la conveniencia de la apelación al lenguaje, la religión y la cultura como elemento aglutinante (Barbutto, 1998: 2).

Sin embargo, el monarca absoluto aún es una figura que busca la legitimación per se, ante sus pares y está lejos de despertar la idea de solidaridad colectiva propia del sentimiento nacional y está más cerca del tipo de justificación utilizado en la antigüedad. Las monarquías nacionales que comenzaban a acrecentar su poder necesitaban cohesión y coerción, para ello una burocracia fuerte capaz de recaudar impuestos y obtener los recursos necesarios para sostenerse y sostener un ejército nacional resultaba esencial. Pero antes de lograr la unificación y control total del territorio era necesario contar con la estructura burocrática comprometida capaz de sostener el Estado y brindar el marco estructural necesario para el afianzamiento del bloque en el poder que dominará el Estado capitalista (Poulantzas, 1979: 296).

El nacionalismo se asentará sobre esta estructura de estados fuertes y no al revés, cuando los intereses de la burguesía en implantar el mercantilismo y sus consecuencias proteccionistas hagan necesario echar mano del sentimiento nacional (Wallerstein, 1996: 204-205, Taylor, 1994: 204). Es en este punto donde también juega un importante papel la homogeneización étnica de los estados centrales, donde Inglaterra y Francia llevaron la delantera, pero siempre apuntando al principio a aumentar el control estatal. La expulsión de los judíos de Inglaterra, Francia y España o de los mercaderes italianos perseguía el objetivo de controlar el mercado nacional, pero se hizo al amparo en un claro reflejo nacionalista basado en el rechazo que el control de la economía por comerciantes extranjeros podía cobijar (Wallerstein, 1996: 208-213). Gellner sostiene una visión similar del nacionalismo al servicio de la economía al mencionar la necesidad de uniformidad de mercado, cuya reproducción el Estado toma a su cargo (Savarino, 2001) (4).

Hubo que esperar hasta el triunfo de la Revolución Francesa y de la idea rousseoniana de soberanía popular como mejor garantía para el aseguramiento de los derechos individuales, para que el nacionalismo moderno este listo, pues este recurso al pueblo será la diferencia con el nacionalismo antiguo (Taylor, 1994: 182).

Pero la soberanía popular es un concepto vacío sin el concurso de sus protagonistas y este será el problema que desvelará a Rousseau, al igual que a Montesquieu en tanto las instituciones necesiten de las costumbres para funcionar, de allí la prioridad en “*formar ciudadanos*” y en instalar el civismo como medio para instaurar la solidaridad del cuerpo social (Touchard, 1972: 332). En suma la necesidad de crear una geocultura capaz de sostener al Estado Nación soberano (5).

La apelación a la soberanía popular es claramente rescatada por Marx que en El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte anota:

“A la monarquía burguesa de Luis Felipe sólo puede suceder la república burguesa; es decir, que si en nombre del rey, había dominado una parte reducida de la burguesía, ahora dominará la totalidad de la burguesía en nombre del pueblo” (Marx, 1976) (6).

Es así que el nacionalismo francés clásico con apelaciones al espíritu de la Revolución de 1789 se asienta en este periodo mediante la obra, entre otros, de Michelet, que a decir de Barthes sostiene la convicción pública de que las clases sociales van a federarse, pero no a desaparecer. Piadoso deseo de una asociación cordial entre capital y trabajo (Touchard, 1972: 414-15).

Este espíritu informará el ideal revolucionario de 1848, que una vez aplacado dejó en claro para el conservadurismo la necesidad de impedir la alianza de las fuerzas democráticas (Wallerstein, 1995: 152) y de echar mano a cualquier elemento que pudiera impedir la formación de un bloque compacto en su contra. La herramienta la brindó una de las ideas impulsoras de las revoluciones: así el nacionalismo romántico y universalista de Mazzini sirvió de instrumento a la política de unificación de Cavour, que convirtió a Vittorio Emmanuele en Re d'Italia.

El Colonialismo y la Expansión Europea. II Resurgimiento

Terminada la afirmación de la burguesía en el poder de los estados centrales a mediados del siglo XIX, la retórica nacionalista, aplacó entre los sectores burgueses. Sin embargo la ideología estaba lejos de ser olvidada y resurgió con fuerza recubierta de romanticismo, en Europa del Este al principio, Grecia y Rumania por ejemplo, y alentando el proceso de unificación de Alemania e Italia.

Para Taylor la explicación del resurgimiento nacional está en la necesidad de compensar las desigualdades entre los Estados, que encontró en el nacionalismo un arma formidable para llevar adelante los intereses de la burguesía incipiente en los países semiperiféricos (Taylor, 1994: 204) que se condecía perfectamente con las necesidades de la estrategia económica adoptada. Se pregunta Taylor ¿cómo convencer a los trabajadores de los beneficios de la carestía consecuencia de los aranceles de importación elevados? (Taylor, 1994), la apelación a principios más *sagrados* que las simples necesidades materiales, como la lucha nacional da la respuesta y la mística nacionalista que animó el proceso de industrialización alemana al calor de las ideas proteccionistas

de List son el ejemplo. Este proceso puede verse como una aceptación del Volkgeist como Zeitgeist (7).

Esta dinámica también puede apreciarse con claridad en el proceso industrializador de las décadas de 1930 y 1940 en Argentina y Brasil. La paradoja que resulta de verificar que fueron los conservadores ligados a la oligarquía terrateniente sus principales impulsores es explicada por Juan Carlos Rubinstein en los mismos términos mencionados arriba, es decir, que se trató de un intento por mejorar la capacidad de negociación de la clase dominante ante la coyuntura (Rubinstein, 1988: 18-19).

Ahora bien, ese proceso dio surgimiento a un proletariado industrial urbano, cuya problemática, debió afrontar el ultramontano golpe de 1943 y más tarde el peronismo y el Estado Novo de Vargas en Brasil. Es en este desafío que el peronismo hará uso extensivo de la retórica nacionalista y logrará instaurar su discurso nacional y popular soslayando la lucha de clases e instaurando la idea de orden (8) en un todo orgánico que rescata las ideas hegelianas y las reformula centrando ahora en el Estado Nación la superación de las diferencias de la sociedad civil (9).

¿Construyendo sobre la nada?

Está explicación da la impresión de una manipulación completa de los sectores populares por parte de las clases dominantes.

Sin embargo debemos mencionar que la adopción de la ideología nacionalista no resultó un proceso donde las clases dominadas mansamente aceptaron la imposición. En realidad, el nacionalismo llenó un espacio: brindó identidad y contención a los sectores desplazados y desconcertados ante la caída de las estructuras preexistentes y que el surgimiento del capitalismo había atraído a las ciudades. Evocando a de Souza Santos (1995), podemos afirmar que el vacío que el colapso de la comunitas medieval aparejó, nunca fue completamente ocupado por la construcción estatal, que recurrió al nacionalismo como elemento de consenso y orden (10). Esta necesidad fue explotada por la burguesía mediante el nacionalismo, que le resultó la más apropiada de las armas a la hora de construir y articular los consensos necesarios sobre la representación de la Nación, y asegurar su propia supervivencia, a la

hora de establecer su hegemonía, en términos gramscianos (Yentzen, 1996: 13).

Esta manipulación simbólica y problemática en torno a la creación cultural hace entender a Benedict Anderson que el tema central es la construcción de comunidades imaginadas, integradas mediante una ideología común. En la antigüedad lo fue la religión, pero a partir de la modernidad, la Nación ha sustituido a la religión como sistema cultural capaz de articular identidades a partir de la idea de simultaneidad que la imprenta hizo posible, es decir el transcurrir paralelo de las vidas de los compatriotas que los diarios reseñaron y las lenguas nacionales limitaron (Taylor, 1994: 206); este interesante proceso que Anderson reseña, de creación de espacio –homogenización y limitación - a través de la lengua nacional es paralelo a la creación del mercado nacional, condición indispensable para el capitalismo.

Pero esta manipulación suele estar basada en algún tipo de diferenciación étnica o cultural preexistente, que no necesariamente debe seguir la lógica del nacionalismo, pero que correctamente manejada o que atravesada por la matriz de la Nación moderna, da como resultado el surgimiento de la idea de Nación y en muchos casos funestas consecuencias. Clifford Geertz menciona la existencia de tales diferencias en Sri Lanka, que previamente a la llegada del conquistador inglés no se desarrollaban en la dinámica del Estado Nación moderno y no dieron espacio a reivindicaciones nacionalistas, pero que una vez pasado el proceso colonial (y la descolonización posterior) dieron como fruto un nuevo estado, Ceilán, y un conflicto civil de más de 40 años (Geertz, 2002) entre tamiles y cingaleses.

Pero si la lucha por el control del Estado Nación resulta cruenta, la lucha en el marco del nacionalismo sin Estado, sobre la que alerta Wallerstein (2004), resulta mucho peor. La situación en Ruanda donde la colonización belga magnificó y polarizó las diferencias existentes entre hutus y tutsis, colocando a estos últimos en posiciones claves de la administración colonial, cuyo corolario resultó en el genocidio de 1994(11). Demuestra el peligroso resultado de la utilización de las diferencias étnicas como herramienta de dominación, al principio colonial, y más tarde por parte de las élites “*no dispuestas a compartir el poder*”

(Bastida) en contradicción a lo que Poulantzas señala como una de las principales características de la estructura del Estado capitalista – y por ende del Estado Nación moderno – “*una coexistencia de dominio político de clases y fracciones de clase*” (Poulantzas, 1979: 296)

La Liberación Nacional

A lo largo del siglo XX, el nacionalismo sufrió otra mutación: de instrumento de dominación pasó a adoptar el papel de herramienta de liberación.

El impulso nacionalista modernizador de principios del siglo XX resultó agotado luego de la crisis de 1930 en la mayoría de los países periféricos y semiperiféricos. El surgimiento de los reclamos sociales llevó a que el impulso nacionalista agregara además las reivindicaciones de las clases populares abriendo paso al nacionalismo de liberación.

Con el antecedente de las revoluciones de América Latina en el siglo XIX, los movimientos de Liberación en Asia y África en la segunda postguerra adoptaron para sí una postura nacionalista y socialista, reclamando el fin del colonialismo. La prédica nacionalista de Gandhi y Nerhu es un claro ejemplo.

Blaut sitúa estas luchas dentro del marco de la lucha de clases, concretamente opina que se trata de la intención de arrebatarse el control del estado a una clase extranjera (Taylor, 1994: 206). Sin embargo, resulta claro que alcanzar el control del Estado implica hacerlo dentro del marco del Estado inserto en la Economía-Mundo, y así el esfuerzo termina instalando por completo el modelo capitalista.

Al respecto coincidimos con Geertz en tanto este menciona que la revolución anticolonial ha sido *simplemente asimilada, total y enteramente al desarrollo europeo* (Geertz, 2002: 233). La liberación del yugo colonial es consecuente con el desarrollo del capitalismo. Resulta evidente en este caso la correlación entre el fracaso del imperio Español y las revoluciones Latinoamericanas, que con éxito variado apuntaron a consolidar la inserción de las economías aisladas de las colonias en el Sistema Mundo, objetivo que se logró en Argentina recién a partir de 1880 (12).

La idea de construir la nación para comenzar a producir es más clara todavía en el concepto de nation building que ve a las fuerzas armadas como constructoras de la nación como alternativa a las democracias liberales en los países periféricos para evitar el avance del comunismo y que coloca ciertos objetivos nacionales permanentes por encima de cualquier reivindicación social (Tapia Valdés, 1988).

En la mirada de Wallerstein, las luchas de liberación nacional están insertas en lo que denomina los movimientos antisistema (Wallerstein, 1995), pero reconoce a la vez la limitación de tales movimientos en tanto *“hacerse con el control de la estructura del estado supone tener la oportunidad de actuar dentro de las normas y limitaciones de la economía-mundo y del sistema interestatal”* (Taylor, 1994: 210) consecuencia de lo que Taylor denomina la *“multiplicidad de la política y la unicidad de la economía”* (Taylor, 1994).

Perspectivas

Globalización y pérdida de certezas

Tal como Maquiavelo percibió la necesidad de abandonar la limitada estructura que las ciudades-estados representaban para afrontar los desafíos de su tiempo, resulta claro también para nosotros que la necesidad económica que dio origen al Estado Nación se desdibuja y la lógica de concentración económica pareciera indicar que la supervivencia deba ser asegurada ahora por la pertenencia e influencia en alguno de los grandes bloques comerciales. Tal dinámica pone en entredicho la identificación tradicional con los Estados nacionales, así por ejemplo, Argentina y Brasil abandonan su hipótesis de conflicto y trasladan el campo de las disputas a su participación en el MERCOSUR. El mismo proceso se vive en Europa entre antiguos y tradicionales rivales como Francia y Alemania (13).

Aunque la rivalidad nacional aún persiste, a expensas de la conveniencia económica, en una muestra de que el nacionalismo, si bien auspiciado y utilizado por el sistema, no es completamente controlable. Así en la medida que la economía China crece, el resentimiento con sus vecinos nipones, productos de los abusos de la II Guerra Mundial, y la

exacerbación de las pasiones patriotas a ambos lados del Mar de Japón no dejan de ser un factor alarmante (Leblanc, 2004).

Si en el centro de la economía mundo se puede aceptar que:

“Para una generación abandonada a sí misma desde la crisis de la década de 1990, ese pequeño nacionalismo se relaciona más bien con la búsqueda de identidad” (Leblanc, 2004).

En la periferia, la desazón y el fracaso de los movimientos nacionalistas modernizadores y de liberación ha llevado al surgimiento de grupos extremistas, que adoptan las características nacionalistas pero dejan de lado la concepción moderna que mencionáramos al principio, es decir la visión de un concierto de naciones más o menos en igualdad de condiciones (14). Wallerstein pone el acento en la caída de las utopías, esto es en la falta de esperanza de las clases peligrosas – las clases dominadas - que perdida la fe en el Estado comienzan a abrazar un anti-estatismo radical (Wallerstein, 2004) que conlleva invertir el proceso y reivindicar la Nación sin el Estado.

Esto puede resultar una involución en términos de desarrollo político, pero no es enteramente irracional, ante determinados desafíos la respuesta de ciertos grupos puede resultar en una salida del sistema, en un corrimiento de la matriz ordenadora (15).

El tema está en reconocer la diferencia entre país (Estado) y Nación que establece Geertz, en tanto el primero es un escenario político y la segunda una fuerza política (Geertz, 2002: 236). Es decir, en reconocer que la estructura del sistema mundo que hizo de los Estados su escenario y de la geocultura liberal su principal ideología encuentra un grave desafío ante el crecimiento descontrolado del nacionalismo que el mismo sistema apoyó y utilizó con éxito.

Podemos concluir que la utilización del nacionalismo como herramienta política implica jugar con fuego; bien puede atestiguarlo Europa con el error de cálculo de Alemania al apoyar la independencia de Croacia y mejor aún Slobodan Milosevic cuando en 1987 decidió construir su futuro sobre la base del nacionalismo servio y no del

yugoslavo sembrando la semilla de la guerra civil de los años 90 (Wallerstein, 1999).

Y es que el problema se agrava si tomamos en cuenta que la globalización y aceleración de los tiempos hace caer las certezas del pasado. Antes señalamos que ante los cambios producto del pasaje de la sociedad estamental al capitalismo y de la modernización, se cimentó el surgimiento de un espíritu nacional al cual las masas pudieran adherir. Hoy ante el constante movimiento de la economía global, ante la profunda desazón de millones y la inseguridad que genera la desocupación, podemos aceptar en que el resurgimiento de las reivindicaciones nacionalistas no es nuevo ni extraño.

La falta de identificación, de seguridades, las pérdidas masivas de empleo no sólo afectan la seguridad económica sino también la identidad. Durante el siglo XX, la construcción de la biografía individual se estructuró alrededor del trabajo, hoy ante el escenario de la deslocalización y la flexibilización de las relaciones laborales, la identidad misma de los individuos es puesta en duda. Es entonces cuando el nacionalismo se convierte en una opción atractiva. La identificación se desplaza de la organización en la que el trabajador está inserto (16) al ámbito local o nacional. Surge así el nacionalismo vasco en España y quebecois en Canadá, fomentado muchas veces por las elites locales.

La caída del comunismo y el fracaso que representó para millones el ejercicio de las recetas ultraliberales que siguieron, fomentó el surgimiento de fenómenos similares en Europa oriental: Letonia, Rumania, Rusia amalgamando expresiones que van desde la extrema derecha hasta el comunismo (Achcar, 2003).

¿Un proceso a la saga de la modernización?

Como hemos señalado, el fomento del nacionalismo al servicio de la dominación resulta en muchos casos en catástrofes (17). Analizadas junto a la búsqueda de identificación y certezas que genera la globalización, pueden llevarnos a concebir un proceso de fomento y utilización del nacionalismo por parte de las clases dominantes y una etapa posterior de

efectos indeseables con reclamos que escapan a las previsiones originales y resultan en muchos casos contrasistémicos.

Las reacciones nacionalistas posteriores a la utilización del nacionalismo por parte del sistema-mundo como ideología dominante (Taylor, 1994), han reivindicado aquellas estructuras que el propio desarrollo del sistema amenazaba. Así contra la ola modernizadora y mecanicista del siglo XIX, el romanticismo reivindicó las particularidades locales, la religión y el derecho de autodeterminación de los pueblos; la comunidad imaginada de Anderson (Taylor, 1994: 206) se basó en la tradición, la raza y la lengua, todas imaginariamente homogéneas y en principio utilizadas por el Estado para afianzarse. Del mismo modo, la permeabilidad y debilitamiento de las fronteras territoriales que la globalización implica, ven su reverso en el aumento de los reclamos de soberanía territorial que aparecen dentro de los viejos Estados-Nación (18), verbigracia: catalanes, gallegos, vascos y escoceses; soberanía territorial que fue elemental y constituyente del sistema-mundo a su debido tiempo.

Debemos señalar por último que este proceso tal vez no pueda ser aplicado con los mismos resultados a la periferia, el asalto europeo y la inserción de las colonias en la cadena de producción fueron tan vertiginosos que no dieron lugar a reivindicaciones nostálgicas. La creación de enormes colonias junto a la eliminación física de sus habitantes nativos en muchos casos (19), impidieron el nacionalismo basado en la lengua nativa o en la raza, ya que en muchos casos la gran cantidad de pueblos agrupados bajo un nuevo Estado impidió el recurso a un pasado común con bases reales o a un lenguaje común (20). El nacionalismo de liberación fue un nacionalismo que basaba su objetivo en la conquista del estado de las manos de la elite extranjera que como antes mencionamos insertó definitivamente a las nuevas entidades en el sistema-mundial. Aunque, en algunos casos comienza a darse en los nuevos estados surgidos tras el proceso de descolonización el esquema señalado más arriba. El enfrentamiento entre tamiles y cingaleses por la homogenización de Sri Lanka sobrevinido luego del retiro Inglés, más allá de sus particularidades –ambos bandos se perciben como minoría

(21) - reproduce la serie de reivindicaciones y apelaciones a la raza, la tradición y la religión del romanticismo europeo.

NOTAS

(1) A. D. Smith es categórico al respecto y señala, citado por Taylor: “*Ninguna otra visión del mundo ha puesto su sello de una forma tan concienzuda en el mapa mundial y en nuestro sentido de la identidad*”. (Taylor, 1994: 183)

(2) María Rosa Palazón Mayoral menciona el recelo de ciertos intelectuales europeos sobre el nacionalismo después de la barbarie nazi, al tiempo que llama la atención respecto al carácter completamente distinto con que el nacionalismo ha sido abordado en Latinoamérica, al punto que un movimiento de reivindicación social, como la insurrección Zapatista en Chiapas “*es nacionalista*” y “*defiende sus culturas como un derecho humano*” (Palazón Mayoral, 2004: 1)

(3) Otra división establecida por Smith es entre nacionalismo etnocéntrico y policéntrico, más o menos compatible con las categorías mencionadas, ya que el primero pondrá el acento en las particulares características del grupo que lo hacen único y preferible a todos los otros y el segundo se adaptará a un escenario con varios actores. (Taylor, 1994)

(4) Savarino cita y critica a Gellner en tanto cuestiona su omisión a cualquier arraigo popular de la idea mientras sobrevalora el papel de las élites.

(5) Comprometido con el absolutismo, Thomas Hobbes también entendió la necesidad de cohesión inherente a cualquier estado de tamaño medio, y coincide con Rousseau en la necesidad de juntar en un solo puño el poder civil y el religioso, subordinando este último al primero (Touchard, 1972).

(6) El destacado es nuestro

(7) El ideal romántico del *espíritu del pueblo* se convirtió en el sentimiento dominante de la época en contraposición a la fría lógica de la Revolución francesa, así por ejemplo, a la codificación napoleónica y su intento ordenador informado por el racionalismo se opuso la síntesis de Savigny con su énfasis en la tradición.

(8) “*Es a partir de esta vinculación entre Nación y Estado que la dominación en el capitalismo adquiere su legitimidad, en la medida en que ella engloba y supera – “ilusoriamente” diría Marx- las parcialidades del cuerpo social fragmentado.* (Portantiero y de Ipola, 1988: 205)

(9) Mariano Plotkin llama la atención sobre “*El poder de los rituales y festivales políticos como mecanismos para la generación de consenso o de la*

ilusión de su existencia” analizando la domesticación, por parte del peronismo, de la celebración del primero de mayo que en unos años pasó de agitar banderas rojas a hacer lo mismo con banderas argentinas. Textualmente: “*la celebración socialista fue permeada por símbolos patrióticos*” logrando “*nacionalizar*” las celebraciones tradicionalmente ligadas a reivindicaciones de clase. (Plotkin, 1994: 75-140)

(10) “*Si en el caso de Quebec el proceso de modernización incrementó los contactos entre los grupos étnicos, lo mismo puede decirse que sucedió en el País Vasco, donde la industrialización trajo consigo un proceso de creación de fronteras étnicas.*” (Santiago Garcia: 10)

(11) En el marco de la guerra civil entre el gobierno hutu y los rebeldes tutsi del RFP, entre 800.000 y 1.000.000 de tutsis y hutus moderados fueron asesinados en sólo cien días entre Abril y Junio de 1994 a manos de las milicias hutus. BBC. *Rwanda's 100 days of genocide.*
<http://news.bbc.co.uk/1/hi/world/africa/3594187.stm>

(12) El proceso emancipador en Argentina giró en tono a los intereses de la burguesía porteña interesada en el libre cambio y en oposición a la española comprometida con el monopolio. Los intereses populares resultaron soslayados y no fueron causa del movimiento.

(13) Paradójicamente, la utilización del nacionalismo en un ejercicio crudo de la *realpolitik* por parte de Bismark a expensas de Napoleón III y de Francia misma hizo posible la unificación de Alemania bajo la dirección de Prusia en 1870.

(14) Wallerstein atribuye el crecimiento de *Al Qaeda* como fruto del descontento ante los fracasos previos de modernización nacionalista en el mundo Árabe que ejemplifica con Mohamed Ali (nacionalismo occidentalizador) y Gamal Abdel Nasser (nacionalismo liberador) en Egipto (Wallerstein, 2004).

(15) Ted Lewellen recuerda el caso de la *retribalización* de los hausa en Nigeria producto de los desajustes que en su status económico trajo la independencia colonial y la instauración de un régimen de partidos. Los hausa respondieron a los desafíos reafirmando su identidad grupal y religiosa como forma de asegurar y proteger sus intereses económicos (Lewellen, 1985).

(16) Para Lewellen pese a la supuesta racionalidad y frialdad de la organización capitalista propuesta por Weber, los individuos desarrollan un fuerte lazo de identificación con su tarea y con su grupo laboral. (Lewellen, 1985: 127)

(17) El caso yugoslavo y el espantoso resultado que la política de nacionalismo serbio de Milosevic que Wallerstein menciona es paradigmático. Más macabro aún es el resultado del fomento del ultra conservadurismo árabe, patrocinado en

gran parte por E.E.U.U. para luchar contra la U.R.S.S. en Afganistán y que derivó en el surgimiento de Al-Qaeda.

(18) La evolución de los reclamos de nacionales de Québec y Euskadi que reseña José A. Santiago García resulta bastante elocuente al respecto: “*Por lo visto hasta aquí, los nacionalismos en Quebec y en el País Vasco han seguido caminos paralelos a la hora de fijar los contenidos culturales de las fronteras que delimitan la comunidad nacional. A una definición, por parte de un nacionalismo tradicional, basada en la raza (francocanadiense, bizkaina) y en la religión (católica en ambos casos), le sustituirá, a partir de los años 60 una nueva definición de la nación que hará énfasis en la lengua (francés, euskera) como símbolo de opresión y cultura que proteger. En ambos casos, la nueva corriente nacionalista se caracterizará por la reivindicación soberanista/independentista, lo que pondrá en marcha una dinámica que contribuirá a situar al territorio como protagonista de la identidad. Tanto en Quebec como en el País Vasco, las nuevas fronteras de la identidad de la comunidad nacional pasarán a ser las fronteras territoriales de la nación*” (Santiago García: 13)

(19) América del Norte, Argentina o el litoral brasileño por ejemplo.

(20) Pese al intento por establecer el hindi como lengua común, la India aún mantiene la *lengua del invasor*, el inglés como una de sus idiomas oficiales para evitar conflictos.

(21) Los tamiles hinduistas se ven como minoría dentro de Sri Lanka frente a la población cingalesa budista y los cingaleses hacen lo propio frente a la mayoría tamil en el sur de Subcontinente. (Geertz, 2002)

Bibliografía

-Achcar, Gilbert y otros (director) “*Las dos familias de la extrema derecha*” El Atlas de Le Monde diplomatique. Buenos Aires. Capital Intelectual. 2003

-Barbuto, Marcelo. “*Antropología, ley y política en los Discursos de la Primera década de Tito Livio*” En Primeras Jornadas de Teoría y Filosofía Política, Buenos Aires, 21 y 22 de agosto de 1998. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires

<http://www.clacso.org/wwwclacso/espanol/html/biblioteca/sala/>

-Bastida, Anna. “*El conflicto de Ruanda*”.

http://www.ub.es/conflictos/conflictos/paisos/rwanda/rw_sint.htm

-BBC. Rwanda's 100 days of genocide.

<http://news.bbc.co.uk/1/hi/world/africa/3594187.stm>

de Souza Santos, Boaventura. *De la mano de Alicia*. Bogotá. Siglo del Hombre. 1995

-Geertz, Clifford. *Reflexiones antropológicas sobre temas filosóficos*. Paidós Estudio. 2002

-Leblanc, Claude. *Patriotismo oficial en China y juvenil en Japón* en *Le monde diplomatique*. Año VI, Nro. 64. Buenos Aires. Capital Intelectual. Octubre 2004.

-Lewellen, Ted. *Antropología Política*. Barcelona. Bellaterra. 1985

-Marx, Karl. *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. En K. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas*. T. 1. Moscú. Progreso. 1976

-Monge Marigorta, J. L. *Introducción.* En Suetonio. en *Vidas de los doce césares*. Vol. II Agosto. Barcelona. RBA. 2004.

-Palazón Mayoral, María Rosa. *El nacionalismo como utopía y el nacionalismo anticomunitario*. 2004.

-Disponible en Internet: <http://168.96.200.17/ar/libros/cuba/marin/mella.rtf>.

<http://www.clacso.org/wwwclacso/espanol/html/biblioteca/sala/sala2.html>

-Plotkin, Mariano. *Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*. Buenos Aires. Ariel. 1994.

-Portantiero, Juan Carlos y de Ipola, Emilio. *Lo nacional popular y los populismos realmente existentes* en Juan Carlos Rubinstein (comp.) *El estado periférico latinoamericano*. Buenos Aires. EUDEBA. 1988

-Poulantzas, Nicos. *Poder político y clases sociales*. México. Siglo XXI. 1979

-Rubinstein, Juan Carlos. *Estratificación social y estructura del poder en América Latina* en Juan Carlos Rubinstein (comp.) *El estado periférico latinoamericano*. Buenos Aires. EUDEBA. 1988

-Santiago García, José A. *Las fronteras (étnicas) de la nación y los tropos del Nacionalismo*. P. 10. http://www.unavarra.es/puresoc/pdfs/c_tribuna/BP-Santiago-1.pdf

-Savarino, Franco. *Los Retos del Nacionalismo en el Mundo de la Globalización* *Convergencia*. Revista de Ciencias Sociales. septiembre-diciembre del 2001, Núm. 26, pp. 97-120
<http://convergencia.uaemex.mx/rev26/26pdf/Savarino.pdf>

-Tapia Valdés, Jorge. *La doctrina de la seguridad nacional y el rol político de las fuerzas armadas* en Juan Carlos Rubinstein (comp.) *El estado periférico latinoamericano*. Buenos Aires. EUDEBA. 1988

-Taylor, Peter J. *Geografía Política. Economía Mundo, Estado-Nación y Localidad*. Madrid. Trama Editorial. 1994

Touchard, Jean. *Historia de las ideas políticas*. Barcelona. Tecnos. 197

Wallerstein, Immanuel. “*La estructura Interestatal del sistema-mundo moderno*” en *Secuencia*, nueva época. núm. 32. mayo-agosto 1995

-Wallerstein, Immanuel. “*El moderno Sistema Mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*”. México. Siglo XXI. 1996

-Wallerstein, Immanuel. “*Fuera Bombas*”. Publicado en el diario *La Jornada*, el lunes 19 de abril de 1999 Traducción: Gabriela Fonseca. Disponible en internet: <http://fbc.binghamton.edu/13-sp.htm>

-Wallerstein, Immanuel. “*La reestructuración capitalista y el sistema-mundo*”. Publicado en Internet: <http://www.escenario2.org.uy/número4/wallerstein.html>. 2004

-Wallerstein, Immanuel. Ponencia en la ocasión de recibir el Doctorado Honoris Causa en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 13 de mayo de 2004. <http://sociales.unmsm.edu.pe/Boletin%20N5%20Junio%202004.pdf>

-Yentzen, Marcela. “*Construcción de identidad nacional a través de la narrativa de la independencia: el caso chileno*”. Santiago. Arcis. 1996
<http://www.clacso.org/wwwclacso/espanol/html/biblioteca/fbiblioteca.html>

Resumen

El Nacionalismo ¿Un proceso a la saga de la modernización?

El surgimiento de los Estados-Nación, al principio de la edad moderna, fue acompañado de la creación de la geocultura liberal, capaz de articular y contener las contradicciones y presiones existentes en su seno. Uno de los pilares de esa cultura resultó el nacionalismo, responsable de transformar las reivindicaciones socialistas de autonomía e independencia, en un elemento poderoso y aglutinador de la identidad ciudadana y la obediencia en torno del Estado, dando paso a una de las ideologías más fuertes de los últimos doscientos años.

Sin embargo, la geocultura liberal, debió efectuar concesiones al nacionalismo al aceptar el paso del individualismo liberal clásico al compromiso con los valores nacionales. Este artículo intenta analizar si la fuerza del nacionalismo proviene del impulso de los pueblos por ser libres o del simple hecho de ser una de las más formidables herramientas de la dominación.

Palabras clave: Estado Nación- Geocultura Liberal- Edad Moderna

Abstract

The nationalism. A process behind of modernization?

The creation of National States at the beginning of the modern age was accompanied by that of the liberal geoculture capable of articulate and contain the contradictions and pressures that arise inside them.

One of the pillars of that culture was the nationalism, responsible of transforming the socialist reinvidications about autonomy and independence in a powerful element which glued the citizen identity and obedience around the State, given place to a one of the most strong ideologies of the last two hundred years.

However, the liberal geoculture had to make some concessions to the nationalism accepting the pass from the liberal individualism to the compromise with the national values. This article pretends to analyse if the power of the nationalism came from the impulse of the people for being free or the simple fact that is one of the most extraordinary tools of the domination.

Keywords: National State - liberal geoculture - Modern Age